

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, FEBRERO 1º DE 1875.

{ NUM. 77.

La actividad del espíritu prolonga la vida.

(POR VÍCTOR CHAMPIER.)

(Continúa.)

En un tratado del doctor Reveillé-Parisse sobre la vejez, se encuentran una multitud de interesantes detalles sobre el modo de componer de algunos ilustres pensadores y sobre las extremas diferencias de sus trabajos. En algunos, apenas estimulado un poco el cerebro, cuando las ideas abundan, claras, vivas é impetuosas. En otros, se ve que las ideas se buscan con verdadero tormento, se hallan con pena. Otras veces, tienen un carácter de fijeza que nada puede destruir; reaparecen constantemente bajo el mismo tipo. Montesquieu rehusó escribir para la *Enciclopedia* los artículos *Despotismo* y *Democracia*, diciendo: «Mi espíritu es como un molde del que nunca saldrán sino unas mismas imágenes.» (*Carta á d'Alembert*). Hay hombre cuya pluma ó pincel tienen pena en coger al vuelo los rápidos movimientos del espíritu; hay otros cuyo génio, lento en un principio, se eleva poco á poco á inmensas alturas y á quienes se compara con el vuelo del águila,

la, pesado y torpe en sus principios, rápido mas tarde y atrevido. J. J. Rousseau meditaba mucho y corregía repetidas veces lo que había escrito; sus manuscritos, tachados y emborronados, lo testifican. Malherbe, según se dice, escribía hojas enteras de papel para producir una sola estancia. Lope de Vega, por el contrario, hacia con facilidad mil versos por día. Para demostrar la admirable fecundidad de este poeta, se refiere que habiendo hecho en union de su discípulo Montalvan, los dos primeros actos de una comedia, se dividieron el tercero. El jóven poeta, deseoso de aventajar á su viejo maestro se puso al trabajo á las dos de la mañana, y á las diez de la misma concluyó, dirigiéndose al punto á la casa de Lope, á quien encontró podando un naranjo que se había helado.

—He concluido mi medio acto, le dice.

—Yo tambien, contestó Lope, sin mostrar admiracion.

—Habeis concluido. ¿Y cuándo?

—Me levanté á las cinco é hice el desenlace de la pieza. Viendo que era aún temprano, he escrito una epístola en cincuenta tercetos, almorcé y vine á cultivar mi jardin. Ya he acabado, pero os aseguro que estoy fatigado.

Importa poco que se componga con facilidad ó

con lentitud. El público que lee las obras de los escritores, siempre tiene el derecho de decir como Alcesta á Oronte:

«Vamos, señor, nada tiene que hacer el tiempo con nuestro asunto.»

Es una verdad comun y bien conocida, que casi todas las obras marcadas con el sello de la inmortalidad, han sido producidas con lentitud. Virgilio, que pasaba todo un día puliendo dos ó tres versos, sabia bien que el estudio y la reflexion son las verdaderas musas. La perfeccion, ha dicho uno de nuestros grandes poetas, no se improvisa. Una obra que ha de ser duradera, debe meditarse largo tiempo; exige á veces el sacrificio de la vida entera. La Fontaine publicó el primer volumen de sus fábulas, á los cuarenta y siete años, y el segundo, diez años despues. Molière tenia 42 cuando dió la *Escuela de las mujeres*, la primera de sus obras dignas de él. Voltaire mismo, á quien nadie igualó por la facilidad de sus trabajos, se sujetaba á repetidas correcciones y escribía á d'Argental:

«Mi tragedia está acabada, pero se entiende que no está hecha..... Mi oso de seis dias, necesita seis meses para pulirse.»

[Continuará.]

TALENTO E IGNORANCIA.

Los artistas deben á su talento una existencia agradable en el mundo; pero es raro que logren una situacion independiente con el producto de su trabajo, y cuando alcanzan esta felicidad nunca es en la juventud. Así es que uno de nuestros mejores pintores de historia, habiendo fallecido en la flor de su edad, dejó á su viuda y á un hijo de seis años casi en la pobreza.

La pobre viuda vendió todos sus muebles y dejó su linda habitacion, para retirarse á un cuarto piso de una casa en calle extraviada. Como era mujer de resolucion, inmediatamente buscó que trabajar; y siendo primorosa en el bordado, ejecutó labores de mucho mérito, así en trajes de corte, como en ornamentos de iglesia, para uno de los principales obradores de la capital, proponiéndose atender con el producto de su trabajo, no solo á las necesidades de la casa, sino tambien á la educacion de su hijo Guillermo. Entre los amigos del artista que no habian abandonado á la viuda, y que la visitaban mas á menudo, se hallaba uno de los primeros violines de la orquesta de la ópera. Habiendo notado una inteligencia precoz en el niño Guillermo, tuvo un día la feliz ocurrencia de ponerle en las manos un violin fabricado expresamente para un niño de su edad; y así que le vió manejar el arco, conoció que el hijo de su amigo habia nacido músico y que todo anunciaba en él uno de esos pequeños prodigios, que como los niños Ficher y Monasterio, vienen de vez en cuando á causar la admiracion de cuantos los oyen. La pobre viuda podia ya vanagloriarse de tener un hijo que le habia de restituir el bienestar que habia gozado en tiempo de su marido.

Los buenos sentimientos competian en Guillermo con el talento músico; así es que, conociendo perfectamente la posicion de su madre, tomó la resolucion de aplicarse al estudio de su arte, de modo que pudiese realizar bien pronto las esperanzas que habia concebido. Era cosa que enternecia el ver á un niño de seis años trabajando con tanto ahinco como un hombre barbado, y lejos de que su madre tuviese que recordarle la hora del estudio, tenia que inventar astucias, que prolongasen la de la recreacion. Bajo pretexto de que ella misma necesitaba hacer ejercicio, solia dar con Guillermo grandes paseos; pero el pobre niño no se manifestaba satisfecho y no descansaba hasta ganar el tiempo perdido.

Dos años se pasaron así, al cabo de los cuales su maestro y protector tuvo que dejarle, pues habia firmado la contrata como director de orquesta en un teatro de provincia. Era preciso buscar otro maestro á Guillermo, y su madre se acordó al instante del hombre célebre, del eminente artista que mas llamaba entónces la atencion de los filarmónicos. La reputacion de P*** era colosal y sus lecciones perfeccionarian el talento de Guillermo; ¡pero cómo llegarse al eminente artista que era mas inaccesible que un ministro y además muy avaro! No importa: la viuda se decidió á pedirle esta gracia para su hijo, pues le parecia imposible que así que le viese, no se interesara por él.

Los dos muy bien vestidos, la madre con un buen traje que habia conservado de sus buenos tiempos, y el hijo con vestido nuevecito, se presentaron en casa del artista. Les hicieron entrar en una sala, donde estaban directores de teatros y aun personajes de alto rango que venian á solicitar del artista que tocara en sus conciertos. Cada uno hablaba á porfía de las ofertas que iba á hacer á P*** para decidirle á conceder tan precioso favor.

—¿Oyes, mamá, decia Guillermo, que bueno es ser artista? Todos vienen á rogarle, á ofrecerle regalos; eso me sucederá á mí algun día.

Pero esta concurrencia que tanto agradaba á Guillermo, no era la mas á propósito para tranquilizar á su madre, que no pudo ménos de decir:

—¡Cuánto trabajo para ver á este hombre! Y despues que esto se consiga ¿cómo esperar que dé lecciones á mi hijo, cuando aquí oigo decir que ha rehusado dar lecciones á príncipes?

Aquel día el artista estaba enfermo, y recibió á

las visitas muy tarde; todos salian descontentos, porque despreciaba las mas brillantes ofertas; la música le fatigaba, los aplausos le eran importunos, y solo deseaba tranquilidad: de modo que no eran estos malos auspicios para Guillermo.

Las visitas iban retirándose, y Guillermo empezaba á fastidiarse, puesto que por juicioso que sea un niño, nunca podrá estarse quieto horas enteras. Despues de haber observado suficientemente las particularidades de la cortina de damasco, de las cornisas, y últimamente del techo, se puso á mirar por los rincones, y andando así alrededor de la sala, se encontró un violin detrás de una cortina; cogióle al instante, y ejecutó algunas notas, que hicieron prorumpir en una exclamacion á los artistas que habia allí presentes. Como le animasen á continuar, atacó con resolucion un andante de Bethoven, mientras que todos cuantos habia en la sala, le iban rodeando en silencio. De repente se abrió una puertecilla disimulada en un rincon de la sala, y apareció un hombre extremadamente flaco y con ojos brillantes, que preguntó con tono de inquisidor:

—¿Quién toca aquí el violin?

—¡Dios mio! exclamó la viuda, temblando: caballero, es mi hijo: perdone vd. su indiscrecion.

—¿Su hijo de vd? Pero si vd. apenas tiene veinticinco años.

—Ya he cumplido veintiseis, caballero; y este es mi hijo Guillermo.

Al decir estas palabras, cogió al niño de la mano y se le presentó al artista, que le tomó en brazos, le examinó por un instante, y volviéndole á soltar en el suelo, le dijo con sequedad:

—Vuelve á empezar ese andante.

Guillermo obedeció sin desconcertarse, y cuando concluyó hizo exclamar al artista:

—¡Es un prodigio este niño!

—Lo seria, contestó Guillermo, si tuviera la dicha de recibir vuestras lecciones.

—Las recibirás, querido, y además, quiero que todo el mundo te conozca ántes de que seas mi discípulo, pues no es justo que me lleve yo todos los honores de tu enseñanza.

En seguida, volviéndose hácia los que admirados contemplaban esta escena, preguntó:

—Señores. ¿Quién me quiere ceder su salon, para dar en él un concierto? Se puede poner en los anuncios, que no solo se me oirá mí, sino tambien á este niño.

Preguntó entónces su apellido, y despues de haberle oido de boca de la madre, exclamó:

—Su padre ya le hizo célebre, y yo os prometo que el hijo no desmerecerá de él.

El concierto fué muy brillante, y á Guillermo cupo una gran parte en el triunfo del grande hombre, que ya era su maestro y amigo. El pequeño violinista se hizo de moda, y no habia casa notable donde no le llamasen. Asistió tambien á un concierto que se dió en casa de un príncipe de la familia real, donde fué acompañado en el piano por una niña de su edad, cuyo talento músico era no ménos extraordinario. Además de entusiastas aplausos, recibia Guillermo espléndidas gratificaciones, y magníficos regalos, que les permitian á él y á su madre, vivir con mucha comodidad. Además, su maestro que se iba cansando de subir hasta un cuarto piso, cuando iba á su casa, los llevó por principales inquilinos á una que él habia comprado. Aunque las rarezas y el carácter altivo y exigente de aquel hombre le hacian pasar por interesado, tenia á veces generosidad de príncipe, y la admiracion que le causaba el talento de Guillermo, le incitaba á hacer por él, mas que hubiera hecho por su propio hijo.

Así aquella pobre viuda, tan desprovista y tan apurada dos años ántes para atender á sus necesidades, se hallaba ya en un completo bienestar, gracias al talento de un niño de ocho años. El buen artista que habia tenido la primera idea de cultivar las disposiciones de Guillermo, estaba loco de alegría, y lleno de satisfaccion, por haber sido el primer maestro de un artista que debia igualar algun día al célebre Paganini en fortuna y reputacion.

El piso principal de la casa á que P*** llevó á su discípulo, estaba habitado por un banquero, su esposa y sus dos hijos Eduardo y Ruperto. Tan aplicado y juicioso como era Guillermo, tan inquietos, perezosos y tercos eran los hijos del banquero. Estos tres niños formaban un perfecto contraste; el uno era un prodigio de talento y buena disposicion, y por consiguiente de saber, y los otros eran prodigios tambien, pero de pereza, indisciplina é ignorancia.

La esposa del banquero tenia aquel amor propio, que hace á las madres creer que sus hijos son los mas bonitos y los de mayor talento del mundo. Incapaz además de juzgar por sí misma de los progresos de sus hijos, les proporcionaba toda clase de maestros, gastando mucho dinero en una instruccion que de maldita la cosa les servia. Así que oyó á Guillermo, que tenia un año ménos que el mas jóven de sus hijos, quiso que enseñase su arte á Eduardo, porque en cuanto á Ruperto, maldita la disposicion que tenia para la música.

Guillermo, por consejo de su protector, llevó caro por la leccion, y era dinero tirado por la ventana el que la esposa del banquero gastaba, solo por tener el gusto de decir:

—Mi Eduardo, es discípulo de Guillermo; ambos son de una misma edad, y es lo que hay que ver, cuando tocan juntos.

Por estas palabras se podia creer, que se trataba de dos prodigios; pero Eduardo tanto adelantaba con Guillermo como con los otros maestros: al cabo de un mes, era incapaz de ejecutar una escala en el violin, y ni aun podia solfear el *do, re, mi, fa, sol, la, si, do*. Sin embargo, la madre no habia escaseado gastos para favorecer aquel futuro talento; y además del coste de las lecciones, habia gastado mucho dinero en un estantito lleno de los mejores libros de música, ricamente encuadernados. Este armario y las buenas obras que contenia, eran el objeto de la ambicion de Guillermo, que estaba muy distante de poseer un objeto tan rico.

El atril de Eduardo era de caoba incrustado de marfil, y su violin, cuyas cuerdas hacia saltar, era una obra maestra de Cremona, que fuera de las horas de leccion, descansaba en una caja igual al pupitre y forrada de terciopelo carmesí.

Al subir un día Guillermo á casa de su vecino para darle leccion, le dijeron que los dos hermanos estaban jugando en el patio. Como que Guillermo no gustaba de perder el tiempo, bajó apresuradamente para hacer que subiese Eduardo, ¡pero qué espectáculo le esperaba abajo! Eduardo y Ruperto, tan necios y tan extravagantes uno como otro, habian tenido la idea satánica de transformar el excelente violin en un barco chato: despues, para fijar los mástiles, habian hecho agujeros con una barrena, y en ellos habian metido unos palitos para sostener las pretendidas velas. Muy satisfechos de su obra, habian bajado á ensayarla en la pila del pozo, ántes de llevarla al estanque grande de algun paseo.

Guillermo, al ver así destrozado tan bello instrumento, lanzó un grito doloroso.

—¡Bah! lo mismo servirá que ántes dijo Eduardo.

—¿Y qué sonido ha de producir, ahora que está taladrado como una espumadera?

—¡Calla! ¿y yo qué sabia de eso?

Esta es la respuesta ordinaria de los ignorantes cuando quieren disculpar sus desatinos.

La pérdida del violin, instrumento que habia costado cerca de cuatro mil reales, dió bastante que decir en la casa. Ya ocho dias ántes, los dos hermanos habian causado á sus padres una pérdida casi tan considerable. Un criado, burlándose de ellos, les dijo que quien movia la péndula del relój, era un ratoncito blanco escondido en lo interior, y se pusieron á desbaratar aquel objeto precioso, para coger al animal cuyo movimiento regular escuchaban. El banquero regañó mucho á sus hijos y les anunció que iba á ponerlos en un colegio; pero desgraciadamente para él y para ellos, no ejecutó este proyecto tan pronto como debiera.

Despues de algunos dias tranquilos, debidos á la vergüenza que les causaban sus travesuras, Eduardo y Ruperto volvieron á las andadas: los niños

tontos y desocupados no pueden estar mucho tiempo sin hacer de las suyas. Llegaron las fiestas de Pascua y se determinó que la familia fuese á pasar unos días en el campo. Para que allí se divirtiesen, compraron á los niños un globo que debía elevarse tanto cuanto lo permitiese la cuerda con que estaba sujeto.

Este juguete causó grande alegría á los dos hermanos, que fueron al instante á buscar á Guillermo para enseñárselo: todos tres jugaron un buen rato y muy contentos, aunque una sala no fuese el sitio mas á propósito para este género de diversion, cuando Ruperto, incapaz de resistir al diablo que le tentaba, rasgó el globo con el cortaplumas para ver lo que tenia dentro, y escapándose el gas por el agujero, el globo cayó al suelo, arrugado como si fuese un trapo.

—¡Otra barbaridad! dijo Guillermo, colérico por la pérdida de aquel hermoso juguete. ¿Pues no conocías que el humo de que el globo está lleno, se escaparía por el agujero?

—¡Toma! ¡Yo qué sabia!—Esta fué la respuesta de Ruperto.

Un semi-saber que no es guiado por la experiencia, es á veces tan peligroso como la ignorancia. Guillermo, queriendo echarla de sábio, fué la causa de grandes desgracias.

—Hay un medio, dijo á sus compañeros, de reparar el mal que se ha hecho. Tapemos el agujero con un pedazo de papel pegado con cola de boca: despues, haciendo nuevo humo, inflaremos el globo.

Eduardo y Ruperto saltaron de gozo, tan satisfechos de este proyecto, que eran capaces de romper todos los globos del mundo, solo por el placer de volverlos á llenar.

Compuesto el globo, le bajaron al patio; ¿pero cómo habian de hacer humo?

—Quemar paja, dijo Guillermo.

—No hay mas que un puñado.

—¿Servirá lo mismo papel, preguntó Eduardo.

—Lo mismo, ¿qué duda tiene?

En un par de brincos se plantaron los dos hermanos en el cuarto de su padre, sin que los criados se inquietasen por lo que iban á ejecutar, acostumbrados como lo estaban, á dejar salir con la suya á los dos niños mimados. Eduardo cogió el cesto en que el banquero tenia todos los papeles inútiles, y Ruperto, que no queria bajar con las manos vacías, arrebató cuantos papeles habia sobre el bufete de su padre, y cargando con ellos en la falda de la blusa, baja como si le faltase tiempo, se precipita en el patio, y sacude la blusa en la fogata. Una densa columna de humo se eleva, y el globo empieza á inflarse, con gran satisfaccion de los niños, y aun de los criados, que atraídos por la curiosidad, presenciaban y aplauden aquel juego peligroso.

En aquel momento llaman á la puerta de la calle el banquero y su esposa, que volvian de paseo. Eduardo sale al encuentro de sus padres, y les cuenta muy apresurado, cómo Ruperto ha roto el globo, cómo le han compuesto despues, y cómo le están inflando, á fuerza de quemar todos los papeles que habia en el gabinete.

—¡Papeles! exclama el banquero, quedándose pálido ¡Dios mio! Si acaso fuesen.....

Sube corriendo, y su esposa le sigue trémula: sus presentimientos no eran infundados. El banquero sostenia un pleito, del que dependia su fortuna, y aun su reputacion. Antes de salir, habia puesto bajo un sobre documentos de la mayor importancia para el triunfo de su causa, y habia puesto el paquete sobre la mesa, con órden á los criados de que se le entregasen á su abogado, si venia á pedirle. Ruperto oia hablar todos los dias de este pleito, sabia perfectamente el nombre del abogado de su padre; pero incapaz de reflexion, y harto ignorante para leer siquiera un sobre, habia cogido todos los papeles y los habia entregado á las llamas.

Las reflexiones del desgraciado banquero fueron tan prontas como terribles. Estaba arruinado y además deshonorado, porque nunca darian crédito á la narracion de aquel suceso. Dirian, sí, que no pudiendo probar sus derechos á las sumas que reclamaba, habia inventado aquella fábula para disimu-

lar sus mentiras. No escuchando mas que su desesperacion, se apartó de su esposa que lloraba á su lado y subiendo al último piso de la casa, abrió una ventana de la escalera y se arrojó al patio, quedando estrellado junto al monton de cenizas humeantes que contenian la suerte de su familia.

Grande fué la desesperacion de Guillermo, causa inocente de aquella desgracia, y como sus amigos y su madre quedaban en la indigencia, creyó que á él le tocaba poner remedio.

—Amigo mio, dijo á su maestro, ayudadme á dar un concierto á beneficio de mis pobres compañeros: mientras se hallen en la miseria, nunca me podré consolar de haber contribuido en cierto modo á su desgracia.

El maestro se conformó al instante, y se anunció el concierto. El deseo de oír todavía una vez al admirable niño cuya partida á Italia se anunciaba ya, excitó en alto grado la ansiedad del público, y hubo una entrada considerable. El producto de ella se entregó á la viuda, que no queriendo otra vez exponer á sus hijos á los peligros de la ignorancia, los colocó en un colegio, donde siguiesen buenos estudios, sin que por esto dejasen de ser amigos de Guillermo, cuya fama cada dia es mayor.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

ROLLIN.

En el año de 1671, una mujer bastanté anciana y al parecer muy afligida, se presentó en la portería del convento de Benedictinos de Blancs-Manteaux pidiendo hablar al padre Anselmo, uno de los mas sábios y mas venerables religiosos de aquella célebre comunidad. Así que el religioso bajó hasta los límites de la clausura, la buena mujer exclamó:

—Padre Anselmo, yo vengo á dar á vd. las gracias por el cuidado que ha tenido de mi hijo Carlos, y por las lecciones que le ha dado; pero al mismo tiempo siento decir á vd., que esto no puede seguir así.

—¿Pues cómo? contestó asombrado el buen religioso.

—Porque el muchacho, bajo pretexto de que viene al convento, ni asiste á él para ayudar á misa y hacer lo que vd. le mande, ni va al taller para aprender un oficio, y lo que sucede es que se está correteando, sabe Dios dónde, con otros chicos, y haciéndose un pillo y un holgazán.

El padre Anselmo queria mucho á Carlitos, cuyas buenas disposiciones en solo nueve años de edad le habian chocado en extremo. Por esto le habia sacado de casa de su madre, pobre viuda que nada podia hacer por él, y le habia facilitado la entrada en el convento con ánimo de darle educacion y hacer de él un hombre de provecho. Asombrado de lo que acababa de oír, acerca de su favorecido, contestó con seriedad:

—Señora, eso no puede ser: en primer lugar, porque Carlos no ha faltado un solo dia del convento, y en segundo lugar, porque lo creo incapaz de juntarse con la canalla.

—¿Cómo que no, padre Anselmo! ¿Si vd. supiese á la hora que entra en casa? siempre hora y media ó dos horas mas tarde de lo regular, y luego llega sudando y sofocado, y cuando se le pregunta que dónde ha estado y por qué ha tardado tanto, baja la cabeza sin responder. ¡Oh! yo tomaré una determinacion

—No: es preciso que nada le diga vd. Yo estaré á la mira, y si advierto alguna cosa, dos palabras que yo le diga bastarán, pues es dócil, para hacer carrera de él.

La pobre madre se retiró muy consolada, pues las madres siempre se inclinan á creer lo mejor acerca de sus hijos, y Carlos volvió al dia siguiente al convento de los Benedictinos. Acabados los oficios divinos y ántes que el padre Anselmo pudiera decirle una palabra, desapareció prontamente de su vista. Al dia siguiente, como que el deseo del padre Anselmo era observar al niño ántes que todo, se despojó rápidamente de sus ornamentos sacerdotales; mas por listo que anduvo, tampoco pudo seguirle.

tan solo sí, observó que no salia por la iglesia sino que cruzaba el patio y desaparecia al través de los claustros. Entónces encargó al hermano portero que para el dia siguiente estuviese en observacion. Pero al otro dia sucedió lo mismo, y el padre Anselmo, cuyas piernas no tenian la misma ligereza que las del muchacho, le perdió pronto de vista y se contentó con llegar hasta la portería diciendo:

—¿Ha salido?

—Por aquí no ha salido nadie, contestó el portero.

—¡Oh! pues si está dentro de casa no le deje vd. salir sin avisarme.

Dada esta órden, se puso el padre Anselmo á registrar todo el convento, claustros, escaleras, refectorio, cocina, y todo en balde, pues el muchacho por ninguna parte parecia. Rendido de andar, se retiró á su celda y se arrellanó en su poltrona para tomar aliento y para preguntarse á sí mismo:

—¿Dónde puede estar escondido este muchacho? pues cuando el portero no avisa, indudablemente no ha salido.

Hallábase entregado á esta cavilacion y en el mas profundo silencio, cuando le pareció oír ruido de papel en el gabinete donde tenia su mesa y los estantes de sus libros. Fué allá con precaucion y á nadie vió, pero no dejó de sobresaltarse creyendo fuesen ratones, por lo que dirigió una mirada de ansiedad á la tabla en que estaban sus manuscritos y sus mas preciosos libros de historia, advirtiendo entónces que faltaba uno de los mas curiosos. Casi al mismo tiempo percibió el ruido del roce del papel, como el que resulta al volver las hojas de un libro, y aquel ruido, no habia que dudarle, salia de una pequeña alacena abierta en un rincon y en el grueso de la pared.

El padre Anselmo se acercó de puntillas y abrió de improviso la alacena, dando un susto atroz á Carlos, que agazapado en aquel escondrijo, sentado en el suelo y teniendo sobre las rodillas un enorme librote, estaba leyendo á la escasa luz que permitian las rendijas de la puerta.

—¡Gracias á Dios que te encontré, perillan! exclamó el padre Anselmo aparentando enojo; pues realmente aquel encuentro, mas que enfado, le causaba admiracion.

—Sal afuera y pon ese libro en su lugar.

Pero el muchacho tenia tal temor que no daba indicios de salir de su madriguera, por lo que el padre Anselmo continuó:

—Sal de aquí, que no te castigaré..... ¡Mira, mira cómo te has puesto de polvo! Te parece regular que mientras tu madre está tan afanosa por tu tardanza, y mientras que yo estoy subiendo y bajando escaleras hasta molerme los huesos por encontrarte, te halles tu aquí causando este trastorno y deshojándote por leer en tal oscuridad.

El muchacho no respondia: bajó la cabeza, y gruesas lágrimas corrian por sus mejillas.

—Lo peor de todo es haber abusado de tal modo de mi confianza para entrar en mi cuarto y para cogermelos libros; pero, vamos, no llores, que todo se compondrá.

Despachó al instante al muchacho para que fuese á tranquilizar á su madre, y apénas le hubo perdido de vista, exclamó entusiasmado:

—No se ha visto cosa semejante, ni tal aficion á la lectura. ¡Oh! es preciso sacar partido de esta disposicion, y esto yo solo lo puedo hacer, pues su madre es una pobre viuda que no puede costear los gastos de su educacion, y lo que desea es que aprenda cuanto ántes un oficio que le dé de comer. Indudablemente este niño ha de ser un grande hombre.

No se equivocó en su presagio el piadoso benedictino: aquel niño llamado Carlos Rollin, siguió los estudios con ardor y con extraordinario aprovechamiento, así que su protector obtuvo para él una pension en el colegio llamado de los *Diez y ocho*. Recorrió despues todos los grados del profesorado, hasta ser rector de la universidad de París. Publicó varias obras, siendo las mas principales el *Tratado de los estudios*, la *Historia antigua* y la *Historia romana*, y lo que es todavía mas importante, su reputacion de ciencia ha ido siempre unida con la de su virtud.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION SEGUNDA.

De las diferentes especies de visitas.

[Concluye.]

XV

No está admitido hacer visitas de negocios en las casas de habitación á personas que tienen separadamente un escritorio en que puede encontrárselas fácilmente. Estas visitas no se pagan en ningun caso, ni dejan á las personas que en ellas se han comunicado en la obligación de darse por conocidas ni de saludarse en otro lugar en que se encuentren.

XVI

Las visitas de presentacion no se pagan sino en casos excepcionales, como el indicado en el párrafo XVII de la seccion 2ª: la que se paga siempre, es la segunda visita que debe hacer el presentado, segun el párrafo XV de la seccion 2ª.

XVII

Respecto de las visitas de ceremonia, las que recibe el Jefe del Estado en su carácter de tal no son pagadas en ningun caso porque se consideran como homenajes tributados en su persona á la nacion entera; y en cuanto á las que reciben los demas funcionarios públicos, éstos no pagan sino aquellas que les han sido hechas por motivos que les son personales, y solo á las personas que tratan, y á las que han de continuar tratando. Entre agentes diplomáticos hay una estricta obligación de pagar siempre estas visitas.

XVIII

Las visitas de ofrecimiento no se pagan sino entre personas que llevan relaciones de amistad, ó en los casos en que ellas tienen por objeto establecer estas relaciones (§. III, art. 9º., del cap. II.)

XIX

Las visitas de duelo no se pagan. Las personas á quienes hacemos esta particular demostracion de afecto, nos la retribuyen viniendo á su vez á acompañarnos cuando la muerte nos arrebató á nosotros un miembro de nuestra familia.

XX

Las visitas de agradecimiento no se pagan sino en casos excepcionales, por ser ellas mismas la correspondencia de un acto amistoso.

XXI

Las visitas de felicitacion, de sentimiento, de pésame, de despedida y de amistad, se pagan siempre en la oportunidad, en la forma, y con las restricciones que se expresarán mas adelante.

XXII

Las visitas de cumpleaños no se pagan; pero sí ponen en el deber de hacer visitas de la misma especie á las personas de quienes se reciben.

XXIII

Las visitas de felicitacion, de sentimiento ó de pésame, que una persona hace á otra repetidas veces en un mismo caso, le quedan todas pagadas con una sola visita. Y cuando á las visitas de sentimiento se sigue inmediatamente una de felicitacion, como sucede en los casos en que los acontecimientos desagradables tienen un resultado ó término feliz, tambien quedan todas pagadas con una sola visita.

XXIV

Las personas de avanzada edad ó de un elevado carácter, no deben pagar las visitas que reciben de

jóvenes que se educan, ó que aún no ocupan una posicion social bien definida.

XXV

Hay personas que niegan á sus amigos que están sufriendo, el consuelo que en tales casos ofrece siempre una visita, dando para ello por excusa que su extremada sensibilidad las hace sufrir á ellas demasiado. Semejante conducta no representa otra cosa que una sutileza del egoismo, y una falta de respeto á las leyes de la caridad y de la amistad, en que no incurre jamas el hombre de buenos principios. El que acompaña al amigo en medio de su dolor, no es presumible que sufra nunca hasta el punto de verse en la necesidad de abandonarle, y puede asegurarse, generalmente hablando, que cuando el afecto no alcanza hasta el esfuerzo que es necesario para presenciar el espectáculo de la desgracia, no es tal afecto. Por otra parte, no siempre llegamos á encontrarnos al lado de nuestros amigos en los momentos mas solemnes de sus grandes infortunios, como en la muerte del padre, del esposo, del hijo, etc., pues lo natural es que entónces solo estén rodeados de su propia familia, y cuando mas, de aquellas personas tan adheridas á ellos, que tengan derecho á acercárseles en tales situaciones.

XXVI

Es notable vulgaridad é inconsideracion el fijarse innecesariamente en las casas de los enfermos, ó donde ha ocurrido una muerte ú otra desgracia cualquiera, ó permanecer en ellas á horas de sentarse á la mesa, bajo el pretexto de acompañar y servir á los que sufren. Estos actos están reservados exclusivamente á los parientes y amigos de mas intimidad; y aun respecto de estos mismos debe siempre entenderse que su residencia en la casa, ó su presencia en las horas de comer, sea evidentemente indispensable. A medida que una familia es mas corta y de ménos relaciones íntimas, van entrando en la excepcion los parientes y amigos ménos cercanos.

XXVII

Pocas son las ocasiones en que nos es lícito llevar con nosotros los niños que nos pertenecen á las casas de nuestros amigos; pero téngase presente que es una gravísima é inexcusable falta el hacerlo en los casos indicados en el párrafo anterior.

XXVIII

Las visitas de duelo no están permitidas á las personas de etiqueta, quienes solo pueden hacerlas en el aniversario de la muerte acaecida, en el caso indicado en el párrafo VIII de esta seccion.

XXIX

Es una vulgaridad creerse autorizado para hacer una visita de duelo, á ménos que sea la expresada en el párrafo anterior, solo por haber llevado amistad íntima con el difunto, sin tener ninguna confianza con las personas de la familia dolorida.

XXX

Las visitas de duelo que se hacen dentro de los ocho primeros dias de acaecida la muerte, no son recibidas personalmente por los deudos muy inmediatos del difunto, como padres, esposos, etc., los cuales permanecen entre tanto apartados de toda comunicacion con la sociedad, y tan solo rodeados de aquellos de sus parientes con quienes tienen mayor confianza, y de algun íntimo amigo que los haya acompañado en los cuidados y fatigas de la enfermedad. El término expresado puede prorogarse, por algunos dias mas, segun el estado de dolor de las personas.

XXXI

Tampoco son recibidas personalmente las visitas de pésame, por los deudos del difunto indicados en el párrafo anterior, hasta pasados quince dias de la inhumacion del cádaver; bien que, de los ocho dias en adelante, suelen ya recibir ellos mismos á las personas de mayor confianza. Ambos términos pueden prorogarse prudencialmente, segun las circunstancias especiales que concurren en cada caso.

Los viejos y las viejas.

(FABULA.)

Habia en un país cierta costumbre
Tan rara y endiablada como añeja;
Y era ahorcar sin remedio á todo mozo
Que casaba con vieja;
Pero de eso en desquite,
Para mejor equilibrar la cosa,
Pillando un viejo juvenil esposa,
Le daban treinta duros y un convite.

Esto en las chozas dió lugar á quejas,
Creyendo que tal uso, bien mirado,
Se habia por los viejos inventado
En odio de las viejas,
Pero no consiguieron cosa alguna
Con su queja importuna,
Pues como aquel gobierno
De viejos nada más se componia,
Dijeron todos: ¿reformita? Un cuerno!
Y sigiendo aquel uso del demonio,
Se convidaba siempre, ó bien se ahorcaba,
Segun viejo con moza se casaba,
O era en sentido inverso el matrimonio.

Pasados cuatro lustros de aflicciones,
Renovaron las viejas sus gestiones;
Y últimamente consiguieron todas
Poder hacer con jóvenes lampiños
Sus desiguales bodas,
Siempre que con árdid sábio y discreto
Se las supiesen endilgar de un modo
Que á un tiempo fuese público y secreto.

Parecia imposible
Llenar con esperanza de victoria
Condición tan terrible,
Por no decir tan clara y tan notoria-
mente contradictoria;
¿Mas qué dificultad hay invencible,
Cuando el amor tirano
A una pobre mujer aguija y muerde,
Sobre todo si es vieja y vieja verde?

Las del país que digo, al verse ricas,
Resolvieron quitar sus lindos mozos
A las mejores chicas,
Y ellos ¡ingratos! cuando el oro vieron,
Aun á peligro de morir ahorcados,
Al amor de las viejas se rindieron.
La cosa en tanto peliaguda era;
Pero al fin se arregló de esta manera:
Las viejas comenzaron por largarse,
Cada cual con su fiel barbilampíño,
A otro pueblo ó lugar, donde no hubiera
Quien á novio ni á novia conociera,
Y allí, con maña y con gentil aliño,
Cambiaron mutuamente nombre y traje;
Y héte realizado el maridaje
Sin riesgo alguno para el pobre niño.

Con efecto: pasando en la pareja
Por marido de edad la horrible vieja,
Y por jóven muchacha el lindo mozo
En quien apenas apuntaba el bozo,
No solo dominaron los apuros
De aquel primer envite,
Sino que se les dió su buen convite,
Y *ainda mais*, sus corrientes treinta duros.
Súpose luego aquel ardid extraño
Pasado el primer año;
Y al ver el modo sin igual, completo,
Con que *en público* á un tiempo y *en secreto*
Habian conseguido en dulces bodas
Casarse del país las viejas todas,
Diz que exclamaron con dolor profundo,
Tirándose los viejos las orejas:
«¡Benditos sean Dios y San Facundo!
¿Qué viejo, aun siendo astuto sin segundo,
Competirá en astucia con las viejas,
Mientras existan viejas en el mundo?»